

V

Ningún caballito de mar es yegua

Una lectura de Después de lo trans*, de Elizabeth Duval (V): "Inciso sobre el sujeto del feminismo"*

Dr. Fabián Coitinho

1. Tanto ruido

Esta es la quinta entrega de una lectura, capítulo por capítulo, de *Después de lo trans* (2021), el libro en el que la escritora española Elizabeth Duval discute los fundamentos de la categoría trans en vez de blindarlos. Su sexto capítulo interviene en lo que ella llama "el mayor cisma del feminismo español":[1] la pelea que estalló en 2020 entre las feministas que rechazan la autodeterminación de género y el activismo trans, con Lidia Falcón preguntando si "es de izquierdas hormonar a un niño para que cambie de sexo", Paula Fraga llamando a la teoría queer "institucionalización de la misoginia" y el PSOE repartiendo un argumentario contra ella.[2]

Hay cosas que conceder, y se conceden con gusto. Duval defiende "el derecho de un fascista a llamarme travelo de mierda"[3] en las redes y el de Lidia Falcón a decir lo que piensa sin multas ni tribunales, porque censurarlos los convertiría en mártires. Es una posición liberal valiente en un campo que suele pedir castigo. Y su análisis político tiene mucho de cierto: el PSOE trata el feminismo como patrimonio propio, Unidas Podemos le había arrebatado el Ministerio de Igualdad, y la pelea por la hegemonía de una izquierda sobre otra explica buena parte del volumen del debate. "Esto, más que otra cosa, va de política."[4]

El problema es lo que Duval hace después con ese diagnóstico. En la primera mitad del capítulo discute con las filósofas del feminismo de la igualdad (Amelia Valcárcel, Luisa Posada Kubissa, Ana de Miguel) y concluye que sus críticas tienen muy poco contenido: "Tanto ruido [...] para que al final le queden tan pocas nueces".[5] Y en la segunda mitad explica el conflicto por la guerra de partidos. El paso de una cosa a la otra es una falacia genética. Que a Carmen Calvo le conviniera agitar la cuestión contra Irene Montero explica por qué el debate llegó a los titulares; no dice nada sobre quién tiene razón. La historia de por qué alguien defiende una tesis no la vuelve falsa. Y hay nueces, muchas, en un lugar que Duval no quiso mirar.

2. La estrategia y la clase

Duval cree haber encontrado la gran concesión de sus adversarias. Posada Kubissa admite que "nadie, ni tampoco las mujeres, nace con una identidad dada y que determine sus necesidades", y propone una política feminista en torno a una "identidad estratégica-mujeres".[6] Duval lo celebra: si la identidad es estratégica, se puede discutir, y entonces el feminismo que excluye a las mujeres trans habría sacralizado una estrategia.

Pero identidad estratégica y pertenencia a una clase son dos cosas distintas, y Posada habla de la primera. La identidad política de un movimiento puede ser una estrategia, discutible y revisable, mientras la clase a la que esa estrategia se refiere sigue definida por algo que no es estratégico. El movimiento obrero puede discutir cómo articular su identidad política; nadie concluye de ahí que la clase obrera sea una ficción a la que se entra por declaración. Duval confunde la identidad con la clase, igual que en sus primeros capítulos confundía la identificación y la percepción con la pertenencia.

Y cuando Valcárcel define el feminismo como la lucha contra "la desigualdad más antigua y más onerosa de todas, la justificada por el sexo", contra el poder del "colectivo genérico de los varones sobre el colectivo genérico de las mujeres",[7] no está confundiendo términos, como sugiere Duval. Usa

"género" para el trato social que reciben los cuerpos según su sexo, que es el uso correcto. Lo que falta, entonces, es lo que Duval nunca da: una definición de mujer que no dependa de la identificación, ni de la mirada, ni de una estrategia. Acá va una.

3. Lo que sabe el caballito de mar

Biológicamente, el sexo no es un atributo aislado sino un lugar en una relación: la reproducción sexuada. Y en esa relación los dos lugares se definen por el tipo de gameto. Uno produce gametos pequeños y móviles; el otro, gametos grandes e inmóviles. Eso se llama anisogamia, y es lo que define a machos y hembras en toda la naturaleza, de las algas a los mamíferos.[8]

El caballito de mar lo enseña mejor que cualquier manual. En esa especie es el macho el que lleva los huevos fecundados en una bolsa, los incuba y los "pare". Hace todo lo que el sentido común asocia con la maternidad, y sigue siendo macho, porque produce gametos pequeños. Gestar no lo convierte en hembra.[9] Su lección es simple y devastadora para buena parte de la teoría de género: el sexo no depende de lo que uno hace, ni de lo que siente, ni del papel que cumple en la crianza. Depende del gameto hacia el que está organizado su cuerpo. Ningún caballito de mar es yegua, por más que geste.

Ese es el primer piso de la definición. El segundo piso explica por qué en la especie humana esa diferencia se volvió destino.

4. Quién puede irse

En 1972, el biólogo Robert Trivers formuló la teoría de la inversión parental: todo lo que un progenitor pone en una cría para aumentar sus chances de sobrevivir, al costo de lo que podría poner en otras crías futuras.[10] Lo decisivo, mostró Trivers, no es el sexo en abstracto sino quién invierte más. El que invierte más se vuelve el recurso escaso; el que invierte menos compite por acceder a él. Richard Dawkins lo popularizó en *El gen egoísta* con una imagen cruda: alguien tiene que quedarse con la cría en brazos, y la tentación de irse la tiene el que menos perdió.[11] La teoría no dice que los machos abandonen; dice que abandona el que está menos atado. Por eso, en las especies donde el macho incuba, la balanza se mueve.

En la especie humana la balanza no tiene ninguna ambigüedad. La fecundación es interna, la gestación ocurre en un solo cuerpo, dura nueve meses, el parto pone en riesgo la vida, y durante toda la historia vino seguido de años de lactancia. Los padres también invierten, y mucho; la crianza, en el mejor de los casos, es tarea de dos. Pero la inversión del padre es facultativa y la de la madre es obligatoria. Lo mínimo que pone un varón para tener un hijo es una célula y un par de minutos; veinte, como mínimo, si se precia de buen macho de la especie. Lo mínimo que pone una mujer es su cuerpo durante nueve meses. Un polo puede inseminar e irse; el otro queda ligado. Llamo a esto la asimetría de salida. Hasta cuando una mujer decide interrumpir un embarazo, esa salida pasa por su cuerpo: es un procedimiento sobre ella, no sobre él.

La historia humana es la historia de cómo las sociedades administraron esa asimetría. El culto de la virginidad, el adulterio castigado de un solo lado, la esposa estéril devuelta a su familia y el viejo refrán que lo resume todo: "Los hijos de mis hijas, mis nietos son; los de mis hijos, serán o no".[12] El patriarcado puede describirse como el sistema que ató al polo sin salida y le dejó la puerta abierta al otro. Duval lo sabe, y lo escribe en su segundo capítulo: "Difícilmente puede explicarse el origen del patriarcado si

no atendemos a su vinculación con una división primera entre los sexos", y en concreto a la "capacidad gestante".[13] Lo que no acepta es la consecuencia: si el sistema nació de esa relación, la clase a la que oprime es la que ocupa ese lugar en ella.

5. Úteros con patas

Acá llega la objeción de siempre: las mujeres no son úteros con patas. Totalmente de acuerdo. Una mujer es muchísimo más que su capacidad de gestar, del mismo modo que un trabajador es muchísimo más que su salario. Pero si se borra el salario de la teoría, no se puede explicar la explotación. Y si se borra el cuerpo que gesta de la definición de mujer, no se puede explicar la opresión que el feminismo nació para combatir. La definición no dice lo que una mujer vale; dice qué lugar ocupa en una relación.

Esto responde, además, la objeción central de Duval. Según ella, el feminismo que defiende el sexo cae en un "identitarismo del sexo" que "construye una experiencia única del ser mujer, ligada con vivencias del cuerpo tales como la regla o la maternidad",[14] y que excluye a las mujeres que no viven esa experiencia. Pero la definición que propongo no depende de ninguna experiencia. Una mujer que nunca fue madre, una mujer estéril o una que ya no menstrúa no comparten la vivencia de la maternidad, y siguen ocupando el mismo lugar en la relación, porque su cuerpo está organizado hacia el mismo polo. La esterilidad, en ellas, es una privación, en el sentido aristotélico: les falta algo que por su clase les correspondería, como al ciego le falta la vista.[15] Las variaciones raras del desarrollo sexual no cambian nada de esto: son excepciones dentro de un sistema de dos polos, y una clase biológica no se disuelve porque existan casos fronterizos, como el día no se disuelve en el crepúsculo.

6. El otro polo

La consecuencia llega sola. Una mujer trans, en la inmensa mayoría de los casos, tiene un cuerpo organizado hacia el polo que tiene la salida. Que jamás se le ocurra usarla es otra cuestión, y no está en discusión. Lo que está en discusión es la organización de su cuerpo, y ahí el argumento tiene dos mitades. La negativa: le falta la organización femenina, y esa falta no es una privación sino una ausencia, como la vista en la piedra; nunca perteneció a su clase. La positiva, más fuerte: tiene la organización del otro polo. No está fuera de la relación, como estaría algo neutro; está del lado opuesto de la relación que define a la categoría. Incluirla en la categoría mujer no amplía sus bordes: mete adentro, por decreto nominal, al polo con salida, en una categoría cuya historia entera es la del polo que no podía irse.

La objeción previsible es que las hormonas esterilizan. La propia Duval cuenta en su prólogo que el tratamiento la dejó estéril.[16] Pero la respuesta es la misma que vale para la mujer estéril, y tiene que valer por simetría: lo que cuenta es la organización del cuerpo, no la función de hoy. Si la mujer estéril no deja de estar en el polo que gesta, la mujer trans esterilizada no deja de estar en el otro. Cualquier otra respuesta sería un doble estándar. Y no es casual que, cuando Duval busca en otro capítulo qué tiene en común con otras mujeres trans, lo primero que nombra sea justamente "nuestra incapacidad gestante":[17] el rasgo que comparten es el del polo del que vienen.

La prueba más elegante, sin embargo, la dan los hombres trans. Su cuerpo está organizado hacia la gestación, y algunos gestan. Pero la testosterona que usan para masculinizarse está contraindicada en el embarazo, porque masculiniza al feto.[18] El hombre trans que quiere cumplir la función hacia la que

su cuerpo está organizado tiene que suspender, durante meses, lo que lo hace parecer hombre. Para gestar tiene que dejar de producir el artificio y dejar trabajar a la naturaleza. El caballito de mar gesta y sigue siendo macho; el hombre trans que gesta confirma que nunca dejó el polo que gesta.

7. Lo que habría de ser el cuerpo de una mujer

Lo más notable es que Duval, en este mismo capítulo, escribe tres frases que solo tienen sentido si esta definición es correcta.

La primera está en su análisis de la violencia contra las mujeres trans. El castigo, dice, se impone para corregir cuando "la percepción primera del Otro no concuerda con la percepción posterior de lo que habría de ser el cuerpo de una mujer".[19] Lo que habría de ser el cuerpo de una mujer. Para explicar esa violencia, Duval necesita una norma del cuerpo femenino, la misma que su teoría declara convención.

La segunda está en su crítica de la ley trans: "la ley no debe ser un reflejo de identidades o reconocer todos y cada uno de los sentimientos de los individuos, sino de funcionamientos y órdenes sociales".[20] No hay orden social más antiguo ni más persistente que el de la reproducción. Por el criterio de Duval, eso es lo que la ley tiene que reflejar, y no la identidad que alguien declara.

La tercera también está en esa crítica. Si para ser trans no hace falta ningún cambio de aspecto, escribe, lo trans se vuelve "una realidad meramente enunciativa, que no pasa a ser si no es a través de un acto de habla", y lo que el acto de habla produce es una "corrección", porque el esquema sexual que el observador ya se formó "ocupa un lugar anterior a la palabra".[21] Lo que ocupa un lugar anterior a la palabra es el cuerpo. Duval escribió las tres frases y siguió adelante sin mirarlas, como quien tira las nueces a la basura junto con las cáscaras.

8. Leones de piedra

Queda un asunto de vocabulario, y lo trato con toda la maldad que merece. Yo digo "mujer trans" y nunca voy a decir "mujer cis". La razón está en los adjetivos. Hay adjetivos que especifican: "mujer uruguaya" o "mujer embarazada" nombran a una mujer y le agregan un rasgo, sin sacarla de la categoría. Y hay adjetivos que desplazan. Un ex senador ya no es senador, un presidente electo todavía no es presidente, un león de piedra no es un león. Los lógicos medievales los llamaban *alienantes*: no especifican al sustantivo, le quitan la extensión que tenía.[22] No hay nada ofensivo en ser un ex senador, que puede ser un hombre admirable, ni en ser un león de piedra, que puede ser una obra de arte. Simplemente no son lo que el sustantivo nombra.

Si mujer designa la clase de los cuerpos organizados para gestar, "trans" en "mujer trans" funciona así: no nombra un tipo de mujer, sino a alguien que hizo una transición hacia la forma social de mujer. Por eso la expresión me parece aceptable y hasta honesta: nombra un recorrido real sin afirmar una pertenencia que el cuerpo no sostiene. "Cis" hace lo contrario. Se inventó para que "mujer" pasara a ser un género con dos especies, como rubias y morenas, o como flacas y gordas. El par viene del latín, "de este lado" y "del otro lado", el mismo que usa la química para los isómeros: moléculas con la misma fórmula y distinta disposición en el espacio.[23] La imagen es exacta para lo que el término presupone, la misma sustancia con otra configuración, y aceptar la palabra es conceder esa tesis sin ha-

berla discutido. Si el "trans" de "mujer trans" es alienante, "mujer cis" es un pleonasmo, como decir "león de carne y hueso". Nadie necesita aclarar que un león es de carne y hueso, hasta que alguien empieza a contar los leones de piedra como leones.

Duval terminó su capítulo convencida de que a sus adversarias les quedaban pocas nueces. Las nueces estaban en la anisogamia, en Trivers, en el refrán de los nietos, en la testosterona que hay que suspender para gestar, y en tres frases de su propio texto. Lo que le faltaba a Duval era el cascanueces. Y el caballito de mar, que gesta, pare y sigue siendo macho, se lo podría haber prestado.

Notas

1. Elizabeth Duval, *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario*, La Caja Books, 2021 (edición digital, ISBN 978-84-17496-50-0), cap. 6, «Inciso sobre el sujeto del feminismo». La edición digital no tiene paginación fija: cito por capítulo y apartado, y las notas al margen de la autora por su letra.
2. Duval, cap. 6, introducción, sobre el argumentario del PSOE firmado por Carmen Calvo y José Luis Ábalos en 2020.
3. Duval, cap. 6, introducción.
4. Duval, cap. 6, «Escenas de guerra partidista».
5. Duval, cap. 6, «Problematizar el feminismo filosófico».
6. Luisa Posada Kubissa, *¿Quién hay en el espejo? Lo femenino en la filosofía contemporánea*, Madrid, Cátedra, 2019; citada en Duval, cap. 6, «Problematizar el feminismo filosófico».
7. Amelia Valcárcel, citada por Posada Kubissa y, a través de ella, en Duval, cap. 6, «Problematizar el feminismo filosófico».
8. Geoff A. Parker, R. Robin Baker y V. G. F. Smith, «The origin and evolution of gamete dimorphism and the male-female phenomenon», *Journal of Theoretical Biology*, 36 (3), 1972, pp. 529-553.
9. Kai N. Stölting y Anthony B. Wilson, «Male pregnancy in seahorses and pipefish: beyond the mammalian model», *BioEssays*, 29 (9), 2007, pp. 884-896.
10. Robert L. Trivers, «Parental investment and sexual selection», en Bernard Campbell (ed.), *Sexual Selection and the Descent of Man, 1871-1971*, Chicago, Aldine, 1972, pp. 136-179.
11. Richard Dawkins, *El gen egoísta* (1976), cap. 9, «La batalla de los sexos».
12. Refrán tradicional español.
13. Duval, cap. 2, «El género como sistema y el género como proceso».
14. Duval, cap. 6, «Problematizar el feminismo filosófico».
15. Aristóteles, *Metafísica*, V, 22, 1022b22-1023a7, sobre la privación (*stéresis*).
16. Duval, «Prolegómenos».
17. Duval, cap. 4, fragmento 6.
18. Alexis D. Light et al., «Transgender men who experienced pregnancy after female-to-male gender transitioning», *Obstetrics & Gynecology*, 124 (6), 2014, pp. 1120-1127.
19. Duval, cap. 6, «Problematizar el feminismo filosófico».
20. Duval, cap. 6, «Escenas de guerra partidista».
21. Ibid.
22. Peter T. Geach, «Good and Evil», *Analysis*, 17 (2), 1956, pp. 33-42, sobre los adjetivos atributivos; la noción de *adiectivum alienans* viene de la lógica medieval.
23. La distinción *cis/trans* designa en química orgánica la isomería geométrica; el término «cisgénero» se difundió en los años noventa.